

Deber sagrado

Cada mañana, cuando Aarón prepare las lámparas, quemará incienso aromático sobre el altar, y también al caer la tarde, cuando las encienda (Éxodo 30: 7, 8).

EL OFRECIMIENTO DEL INCIENSO era uno de los deberes sagrados de los sacerdotes. Siglos después, cuando aumentó la cantidad de sacerdotes, ofrecer el incienso era motivo de honra. Era un deber exclusivo de los descendientes de Aarón. Ni los levitas estaban autorizados para conducir esta ceremonia. Uzías, uno de los reyes más importantes y famosos de Judá, se arrogó este derecho, y fue castigado por el Señor: «Esto enfureció a Uzías, quien tenía en la mano un incensario listo para ofrecer el incienso. Pero en ese mismo instante, allí en el templo del Señor, junto al altar del incienso y delante de los sacerdotes, la frente se le cubrió de lepra. Al ver que Uzías estaba leproso, el sumo sacerdote Azarías y los demás sacerdotes lo expulsaron de allí a toda prisa. Es más, él mismo se apresuró a salir, pues el Señor lo había castigado. El rey Uzías se quedó leproso hasta el día de su muerte» (2 Crón. 26: 19-21).

En el Nuevo Testamento se registra el caso de Zacarías, padre de Juan el Bautista, a quien le tocó en suerte ofrecer el incienso cuando el ángel del Señor le anunció que tendría un hijo, a quien llamaría Juan. En tiempos del Nuevo Testamento no era común que un sacerdote se encargara del incienso. Podía suceder solo una vez en la vida, ya que había 24 órdenes sacerdotales. El sacerdote que ofrecía el incienso era ayudado por otros dos compañeros, quienes limpiaban el altar y colocaban nuevos carbones encendidos. Luego, el sacerdote a cargo ofrecía el incienso y oraba por la venida del Mesías. El humo subía y era visto desde el atrio exterior, donde el pueblo inclinado acompañaba en oración al sacerdote oficiante. Cuando este salía del lugar santo después de ofrecer el incienso, debía levantar las manos y pronunciar una bendición sobre la multitud que lo esperaba.

Símbolo de oración y dedicación

¡No soporto que con su adoración me ofendan! (Isaías 1: 13).

ESTA CEREMONIA IMPORTANTE DEL SERVICIO diario del santuario llegó a ser un símbolo de adoración y culto. Por eso no se debía quemar incienso en otro lugar que no fuera el destinado para ese propósito. Hacerlo en otro lugar era idolatría. El salmista decía: «Que suba a tu presencia mi plegaria como una ofrenda de incienso; que hacia ti se eleven mis manos como un sacrificio vespertino» (Sal. 141: 2). En el libro de Apocalipsis, el incienso se identifica con la oración: «Cuando lo tomé, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero. Cada uno tenía un arpa y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones del pueblo de Dios» (Apoc. 5: 8). «Se acercó otro ángel y se puso de pie frente al altar. Tenía un incensario de oro, y se le entregó mucho incienso para ofrecerlo, junto con las oraciones de todo el pueblo de Dios» (Apoc. 8: 3).

La nube de humo fragante que ascendía al cielo era una analogía de la oración que se elevaba al trono de Dios.

También el incienso era un símbolo de consagración y dedicación a Dios, pues se colocaba sobre ciertas ofrendas, y sobre el pan de la proposición que se ponía sobre la mesa en el lugar santo (Lev. 2: 1; 24: 7).

Pero quemar incienso por el mero hecho de hacerlo, no tenía significado. Más bien era un insulto al Señor. Meditemos: «Con la nube de incienso se elevaba de cada corazón contrito la oración de que Dios aceptara sus ofrendas como una muestra de fe en el Salvador venidero» (*Cristo en su santuario*, p. 26).

Símbolo de los méritos de Cristo

El perfume y el incienso alegran el corazón; la dulzura de la amistad fortalece el ánimo (Proverbios 27: 9).

EL INCIENSO ERA UN SÍMBOLO de la oración que asciende a Dios como olor fragante. Pero, además, era símbolo de la justicia de Cristo, porque las oraciones del pueblo de Dios solo tienen valor por los méritos de nuestro Señor: «La nube de incienso que ascendía con las oraciones de Israel representaba su justicia, que es lo único que puede hacer aceptable ante Dios la oración del pecador» (*A fin de conocerle*, p. 103). De hecho, se presenta a Cristo como ofreciendo personalmente estas oraciones a favor de su pueblo: «Él está ahora [...] presentando las oraciones de aquellos que desean su ayuda» (*El Deseado de todas las gentes*, p. 522).

La vinculación de las oraciones del pueblo de Dios con la justicia de Cristo, resalta el aspecto intercesor de la obra del Señor: «El incienso, que ascendía con las oraciones de Israel, representaba los méritos y la intercesión de Cristo, su perfecta justicia, la cual por medio de la fe es acreditada a su pueblo, y es lo único que puede hacer el culto de los seres humanos aceptable a Dios» (*Patriarcas y profetas*, p. 366). Representa así la mediación de Cristo en el santuario celestial: «Este incienso era un emblema de la mediación de Cristo» (*La temperancia*, p. 39).

Las oraciones del pueblo de Dios tienen poder en virtud de esta intercesión de Cristo y de la eficacia de su justicia concedida al pecador: «Puesto que los cuernos simbolizaban poder, en el altar del incienso representan el poder de la oración» (Gén. 32: 24-30) (*Comentario bíblico adventista*, t. 1, p. 669). Cristo es la razón de que las oraciones tengan poder. Porque el que ora, avalado por la justicia de Jesús, puede entrar en la presencia del Dios Todopoderoso: «El hecho de que el altar estuviese “delante del propiciatorio” nos enseña que por medio de la oración podemos entrar en la presencia de Dios» (*ibíd.*)

El Día de la Expiación

Cualquiera que no observe el ayuno será eliminado de su pueblo. Si alguien hace algún trabajo en ese día, yo mismo lo eliminaré de su pueblo (Levítico 23: 29,30).

EN EL SANTUARIO había un servicio diario que se ofrecía en favor del pecador, que constaba de tres partes básicas: Los sacrificios matutinos y vespertinos, los sacrificios por los pecados individuales y el ofrecimiento del incienso. Pero también se realizaba un servicio anual. En el servicio diario, oficiaban los sacerdotes comunes; mientras que en el servicio anual el sumo sacerdote. Esto ya nos dice, de entrada, que era un servicio muy importante.

Además, el servicio diario se realizaba en el atrio y en el lugar santo del santuario. Sin embargo, la principal ceremonia anual se realizaba en el lugar santísimo, al final del año religioso, el día diez del séptimo mes, llamado *Tisri*. Se lo conocía con el nombre de *Yom Kipur*, que quiere decir, Día de la Expiación. Aún hoy los judíos celebran este día, al que llaman «el día del perdón». Según el calendario judío, este año cayó el 18 de septiembre. Todos los días se hacía expiación en el santuario, pero esta era la expiación final que conducía al cierre de las actividades religiosas. Era un día muy solemne, y se requería una actitud especial del pueblo: «Este será para ustedes un estatuto perpetuo, tanto para el nativo como para el extranjero: El día diez del mes séptimo ayunarán y no realizarán ningún tipo de trabajo. En dicho día se hará propiciación por ustedes para purificarlos, y delante del Señor serán purificados de todos sus pecados. Será para ustedes un día de completo reposo, en el cual ayunarán» (Lev. 16: 29-31). Esta ceremonia traía la reconciliación final y completa del pueblo con Dios. Era una purificación de todas las expiaciones acumuladas durante un año. Involucraba no solo la limpieza del santuario, también de los sacerdotes y del pueblo en general.

El Día del Perdón

En ese día no harán ningún tipo de trabajo, porque es el día del Perdón, cuando se hace expiación por ustedes ante el Señor su Dios» (Levítico 23: 28).

EL DÍA DE LA EXPIACIÓN, que caía el día diez del séptimo mes del calendario judío, era una ocasión muy solemne. En él se realizaba la purificación del santuario y la expiación final de todo el pueblo. En esta ocasión, el sumo sacerdote entraba por lo menos dos veces al lugar santísimo. La primera para hacer expiación por sí mismo y su familia, y la segunda para hacer la purificación del santuario, que redundaba en la purificación y expiación final del pueblo. Básicamente consistía en la selección de dos machos cabríos, sobre los que se echaba suerte para saber cuál sería sacrificado y cuál quedaría vivo, a fin de colocar sobre uno todos los pecados acumulados en el santuario y enviarlo al desierto.

Este día debía observarse celosa y estrictamente, bajo pena de perder la identidad como miembro del pueblo de Dios. Su observancia consistía en ayunar desde la puesta del sol del día nueve hasta la del día diez. A esto se lo llamaba «afligir el alma». También la gente debía dedicarse a la oración y al análisis y reflexión personales. Cada uno debía estar seguro de que sus pecados habían sido perdonados y transferidos al santuario.

El Día de la Expiación era una representación del juicio final, cuando Dios ajustará cuentas con todos. La purificación del santuario indicaba la erradicación del pecado de la presencia de Dios. Durante todo el año, se acumulaba simbólicamente el pecado perdonado por medio de los sacrificios y del holocausto diario. Pero en el Día de la Expiación se juntaba toda esa culpa y se la expulsaba fuera del campamento. Así se enseñaba que vendría un tiempo cuando Dios erradicaría el pecado para siempre. Un día cuando no habría ningún obstáculo para la comunión plena del Señor con su pueblo.

Enviado al desierto

El hombre soltará en el desierto al macho cabrío, y este se llevará a tierra árida todas las iniquidades (Levítico 16: 22).

EN EL DÍA DE LA EXPIACIÓN, Dios se reconciliaba totalmente con su pueblo. Se limpiaban simbólicamente los pecados del santuario, poniéndolos sobre el macho cabrío que quedaba vivo y era enviado al desierto para ser abandonado a su suerte. De esta manera, el santuario quedaba limpio y purificado. Esto simbolizaba el día cuando Dios ponga fin al pecado en el universo.

Cuando el sumo sacerdote salía del santuario la segunda vez, después de haber hecho purificación de todo, colocaba sus manos sobre el macho cabrío destinado a Azazel, un símbolo de Satanás, y confesaba sobre su cabeza todos los pecados del pueblo. Esta era una manera simbólica de transferir los pecados del pueblo al chivo de Azazel. Así, Satanás llevaría la culpabilidad del pecado y tendría que pagar por ello: «Al poner sus manos sobre la cabeza del segundo macho cabrío, confesaba sobre él todos esos pecados, transfiriéndolos así figurativamente del sacerdote al macho cabrío emisario. Este los llevaba luego lejos y se consideraba que los pecados habían sido eliminados del pueblo para siempre» (*Cristo en su santuario*, p. 108).

«Solo después de haberse alejado el macho cabrío el pueblo se consideraba libre de la carga de sus pecados. Todo hombre debía contristar su alma mientras se verificaba la obra de expiación. Todos los negocios se suspendían, y toda la congregación de Israel pasaba el día en solemne humillación delante de Dios, en oración, ayuno y profundo análisis del corazón» (*ibíd.*, p. 41).

«Toda la ceremonia estaba destinada a inculcar en los israelitas una idea de la santidad de Dios y de su odio al pecado; y además hacerles ver que no podían ponerse en contacto con el pecado sin contaminarse. Se requería de todos que afligieran sus almas mientras se celebraba el rito de la expiación. Toda ocupación debía dejarse a un lado, y toda la congregación de Israel debía pasar el día en solemne humillación ante Dios, con oración, ayuno y examen profundo del corazón» (*ibíd.*, p. 107).

En tiempos solemnes

«*Vengan, pongamos las cosas en claro —dice el Señor—.
¿Son sus pecados como escarlata? ¿Quedarán blancos como la nieve!
¿Son rojos como la púrpura? ¿Quedarán como la lana!*» (Isaías 1: 18).

DE ACUERDO A LA PALABRA DE DIOS, de la cruz para acá estamos viviendo en los últimos días de la historia de la humanidad. Eso quiere decir, entre otras cosas, que vivimos en el tiempo simbolizado por el Día de la Expiación. Cuanto más avanza el tiempo, más nos acercamos a su fin. Eso implica que vivimos una época muy solemne, y que nuestra actitud debiera ser la que Dios recomendó a su pueblo. Así se nos dice: «Estamos viviendo ahora en el gran Día de la Expiación. Cuando en el ritual simbólico el sumo sacerdote realizaba la propiciación por Israel, todos debían afligir sus almas, arrepentirse de sus pecados y humillarse ante el Señor, si no querían verse separados del pueblo. De la misma manera, todos los que desean que sus nombres se mantengan en el libro de la vida, deben ahora, en los pocos días que les quedan de este tiempo de gracia, afligir sus almas ante Dios con verdadero arrepentimiento y dolor por sus pecados. Hay que escudriñar honda y sinceramente el corazón. Hay que deponer el espíritu liviano y frívolo al que se entregan tantos cristianos profesos. Empeñada lucha espera a todos los que quieran subyugar las malas inclinaciones que tratan de dominarlos. La obra de preparación es individual. No nos salvamos en grupos. La pureza y la devoción de uno no suplirán la falta de estas cualidades en otro. Si bien todas las naciones deben pasar en juicio ante Dios, él examinará el caso de cada individuo de un modo tan rígido y minucioso como si no hubiese otro ser en la tierra. Cada cual tiene que ser probado y encontrado sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante» (*Cristo en su santuario*, pp. 137, 138).

«Si alguna vez hubo un tiempo cuando una actitud de seria reflexión conviene a todo aquel que teme a Dios, es ahora, cuando es esencial la piedad personal» (*Eventos de los últimos días*, p. 73).